

MITOLOGÍAS ESPAÑOLAS¹

Durante la Guerra Napoleónica de 1808-1814 los liberales españoles hicieron aparecer, como el proverbial conejo en la chistera, el concepto de nación soberana en la Constitución de 1812, que reemplazaba el absolutismo del Antiguo Régimen por un gobierno nacional popular. En el futuro, se elegirían representantes a una asamblea unicameral; se establecía la separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, reduciendo al rey al ejecutivo, mientras las Cortes, a cargo del legislativo, tendrían el «derecho exclusivo» para establecer las leyes fundamentales de la nación. La propia nación fue definida como «la unión de todos los españoles de los dos hemisferios»; las leyes serían las mismas para todas las regiones de España y de su imperio transatlántico. Dos años después, los 384 artículos de la Constitución habían sido pisoteados por el soberano, Fernando VII, tras regresar de su retiro en Francia durante la guerra a disposición de Napoleón. En su equipaje trajo el retorno del absolutismo, desplazando a la idea nacional. Los liberales, que rápidamente fueron encarcelados o partieron al exilio, habían cometido un error fundamental, creyendo que era suficiente con poner por escrito una constitución para que todos la cumplieran; descuidaron dotarse de la necesaria base política que apoyara la constitución y les apoyara a ellos mismos. No resulta sorprendente que su abolición no solamente no provocara protestas populares, sino que incluso fuera festejada, por supuesto con la ayuda de los enemigos jurados de los liberales.

No obstante, la larga y sangrienta lucha de resistencia «nacional» contra los ejércitos de Napoleón se celebra como el nacimiento de la nación moderna. El bicentenario del comienzo de la guerra y de los levantamientos populares contra Napoleón, celebrado en 2008, trajo una avalancha de trabajos históricos y literarios que en su mayor parte añadieron poco al conocimiento existente; se celebraron atractivas exposiciones acompañadas por catálogos magníficamente ilustrados e interminables conferencias y charlas académicas y de otras clases, significativamente no en todas las

¹ Henry Kamen, *Imagining Spain. Historical Myth and National Identity*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2008, 254 pp.

regiones del país sino mayoritariamente en Madrid. Realmente parecía que la nación que se celebraba estaba limitada a las tradicionales tierras castellanas de España. ¿Acaso después de todo la «nación» era poco más que un mito?

A éste y a otros seis mitos más sobre España, es a lo que Henry Kamen, renombrado historiador de los inicios de la Edad Moderna del país, dedica este notable trabajo de revisión, que sitúa los orígenes del mito en visiones elaboradas posteriormente, principalmente en el siglo XIX, de las imágenes de la Edad de Oro de la España del siglo XVI, proporcionando un fascinante cuadro del panorama intelectual del país durante el proceso. Nacido en Ranguín en 1936, Kamen ha sido un escritor prolífico, que desde mediados de la década de 1960 ha producido una veintena de libros que incluyen reinterpretaciones de figuras e instituciones clave como la Inquisición (1965, 1985, 1997) y Felipe II (1997), así como el trabajo *Spain's Road to Empire* (2002) en el que considera que el consenso fue un factor más importante para la expansión ibérica que la conquista.

Antes de comenzar, Kamen explica con cuidado el significado que otorga a los mitos: «falacias históricas [...] inventadas sistemáticamente para socavar hechos históricos observados», «estrategias ideológicas con motivaciones políticas identificables», dirigidas a explicar el presente y definir el futuro, que entran en las principales corrientes del pensamiento como los fundamentos de la cultura nacional. Por ello, examina el mito de la «nación histórica» española como existente desde tiempo inmemorial; el mito de la monarquía fracasada, que sostiene que las dinastías extranjeras de los Habsburgos y Borbones han agotado al país; el mito de la España cristiana, que sostiene que la religiosidad única del país constituía su verdadera esencia. Después está el mito del papel histórico imperecedero que entrañaba el imperio español; el mito en torno a la Inquisición, responsabilizada de haber sumido al país en la ignorancia y la intolerancia; las extendidas ideas del español como lengua inequívocamente universal, y el mito del perpetuo declive español desde una Edad de Oro precedente. En un epílogo, aborda la idea de la erosión de la identidad española.

Kamen sostiene que la experiencia de la democracia política de los últimos treinta años ha hecho aparecer nuevas maneras de mirar al pasado, que han empujado al siglo XVI a un segundo plano: el reinado de Juan Carlos ha acabado con la idea del constante fracaso de la monarquía, la obsesión por el glorioso papel religioso del país se ha desvanecido en medio del laicismo y el «declive perpetuo» no puede seguir teniendo ningún valor de reclamo en uno de las diez potencias más industrializadas del mundo. Sin embargo, la formación de estos mitos sigue siendo significativa para todos los interesados en el pasado de España, y de ellos ninguno es más significativo que el de la nación, el mito con el que empieza Kamen.

Ya en los inicios de la edad contemporánea había quienes clamaban que España había sido una nación desde tiempo inmemorial, o por lo menos

desde el reinado de Isabel y Fernando, los monarcas católicos bajo los cuales se produjo la unión de Castilla y Aragón en el siglo xv. La palabra *nación* se utilizaba, aunque de hecho su primer significado era el de país de nacimiento y todavía a principios del siglo xix, en el comienzo de la Guerra de la Independencia, no existía un reino español legalmente unificado. Los monarcas eran soberanos de Castilla –que después de la conquista de Granada en 1492, se extendía desde Andalucía y Murcia por el sur hasta Galicia y Asturias por el noroeste–, León, Aragón y un largo etcétera, como dejaba claro el preámbulo de sus decretos. Un valenciano era un *forastero* en el vecino Aragón. Como ha señalado José Álvarez Junco en *Mater dolorosa* (2001), si había una identidad colectiva (no nacional) española procedía de compartir una monarquía católica y la experiencia de una guerra constante durante el siglo y medio de hegemonía del país en Europa; la Reforma y la Contrarreforma, por un lado, y la existencia de enemigos comunes, por el otro, sentaron las bases de esta identidad compartida. A esto se podrían añadir las enseñanzas de la Iglesia que proclamaban a los españoles como el pueblo elegido por Dios para defender la fe única y verdadera, y los siete siglos que duró la reconquista católica de la España musulmana.

Kamen es cauteloso en definir la palabra nación a la que describe, citando a Hugh Seton-Watson, como científicamente indefinible porque todos los criterios utilizados son imposiciones discutibles. Sin embargo, a medida que avanza la obra, no hay ninguna duda de que la nación existe, y más tarde cita a Ernest Renan en *Que est-ce qu'une nation?* para señalar que una nación es «una solidaridad de largo alcance, constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho en el pasado y los que se está preparado para hacer en el futuro». En este sentido, se podría decir que no hay duda de que los sacrificios hechos por muchos, aunque no todos, los españoles en la lucha contra Napoleón crearon ciertos vínculos que iban más allá de los patriotismos locales. Pero no está claro que esos vínculos se mantuvieran intactos durante mucho tiempo, o que existiera la misma voluntad para realizar de nuevo semejantes sacrificios en el futuro. Como exclamaba un primer ministro a mediados de la década de 1830, la nación no existe más allá de lo que uno puede ver desde una torre de Madrid.

Kamen señala que un ingrediente esencial en la formación de una nación es la creación de un Estado con voluntad política para definirla, e igualmente para definir lo que *no* la constituye nación. Kamen elude cuidadosamente responder a la pregunta sobre si los comienzos de un Estado que ocupaba la mayor parte de la península crearon una nación bajo los Borbones, que alcanzaron el trono a principios del siglo xviii, diciendo que el tema cae fuera del alcance de la obra, que se limita a los inicios del periodo moderno. Esto puede frustrar a lectores que esperan legítimamente una respuesta que el autor, con su amplio conocimiento de la historia europea, podría proporcionar fácilmente, aunque fuera de manera esquemática y que, faute de mieux, el crítico tiene que contestar: la na-

ción europea moderna fue una creación de la Revolución francesa y por ello, de facto, no podía existir ni existió antes que ella, ni en España ni en ningún otro lugar de Europa.

En este punto debo dejar claras mis limitaciones para reseñar esta obra. No estoy especializado en los inicios de la edad moderna en España, el área donde Kamen es un experto, mi área de especialización abarca desde mediados del siglo XVIII a mediados del siglo XX. Por otra parte, la mayor parte de los mitos incumben a las «estrategias ideológicas» del siglo XIX, dirigidas a la creación de una nación, que me resultan relativamente familiares. Como dice el propio Kamen, tanto el mito de una resistencia nacional contra Napoleón, como el de la Edad de Oro, forman parte esencial de esas estrategias. Desde mi punto de vista, el intento de formar una nación fracasó, aunque Kamen no llega tan lejos, debido tanto a la falta de voluntad política como a la falta de medios materiales del Estado (es decir, de dinero); quizá más significativamente por el fracaso en conformar un mercado nacional unificado por medio de una adecuada red de transporte y un sistema educativo de alcance nacional. Hay dos detalles pequeños pero significativos que muestran este fracaso. La *Marcha Real*, que se remonta a la década de 1760, se convirtió en el himno español por falta de alternativas, y es uno de los pocos himnos nacionales que carece de letra. La bandera nacional, que originalmente era la enseña de la monarquía borbónica de mediados del siglo XVIII, solamente se adoptó un siglo después, y su uso no fue obligatorio hasta principios del siglo XX. El fracaso en crear una nación viable dejó un vacío político en el que pudieron surgir, en la última mitad del siglo XIX, comunidades políticas recientemente imaginadas (en la formulación clásica de Benedict Anderson), especialmente en Cataluña y el País Vasco, que rechazaban la imposición sobre sus regiones del Estado centralista castellano y el nacionalismo que le acompañaba.

Kamen tiene algunas cosas muy interesantes que decir sobre la percibida herencia que el comienzo de los tiempos modernos dejó para los nacionalismos castellano y catalán. Desde el principio, los escritores castellanos empezaron a refundir Castilla con «España» no sin cierta justificación: el reino de Castilla era cuatro veces más grande que el reino de Aragón, que incluía a Cataluña, Valencia y Mallorca, y contenía cerca del 80 por 100 de la población de la España peninsular así como las tres ciudades más grandes, Sevilla, Granada y Toledo. A diferencia de la Corona de Aragón, Castilla tenía una estructura fiscal, un lenguaje, una moneda, una administración y no tenía barreras mercantiles interiores. También disfrutaba de una posición comercial más poderosa, basada principalmente en la lana. Las empresas militares españolas en Europa hubieran sido imposibles sin los soldados castellanos, los famosos *tercios*, incluso aunque, como señala Kamen, incluyeran a muchos mercenarios extranjeros. La edad del imperio también fue encabezada por Castilla, y debido al «papel dominante desempeñado por los castellanos en las empresas en el extranjero, la historia del viaje transoceánico, el descubrimiento, la conquista y la guerra se ha escrito por historiadores oficiales de manera que daban toda la

gloria a Castilla». Estos trabajos de propaganda oscurecieron adecuadamente el papel desempeñado por los no castellanos, que fueron agrupados bajo el título genérico de «españoles». El grito de guerra de los tercios de *¡Santiago! ¡España!*, en referencia a uno de los dos santos patronos de España, lo utilizaban todos los soldados, ya fueran castellanos, italianos, alemanes o flamencos; a todos se les alentaba para que sintieran que su causa era la causa de España.

A principios del siglo xx, los escritores castellanos, siguiendo la tradición mitologizada de los liberales del siglo xix, regresaron al mito del inicio de la nación con Fernando e Isabel y su posterior desarrollo con los primeros Habsburgos. España siempre había existido, de hecho era la primera nación moderna que había surgido; una «unidad armonizada» con una capital comparable a las de Francia e Inglaterra, que tenía una «cultura homogénea» con poca inestabilidad étnica. Kamen cuestiona estas tres afirmaciones: Felipe II escogió Madrid como sede de su corte y de su Administración, pero no tenía la intención de convertirla en capital de España, lo cual habría sido imposible políticamente en su época. Como sus sucesores habsburgos siempre reconoció a Barcelona, Valencia y Zaragoza como las capitales de sus respectivos principados y reinos, mientras que el estatus de Madrid estaba en ser la capital de una monarquía que se extendía por todo el mundo. La idea de una sociedad homogénea, el mito de que España estaba habitada por una población que se sentía española, soslaya convenientemente el hecho de las expulsiones de judíos y musulmanes de los siglos xv y xvii, y supone que los catalanes y los vascos compartían una cultura nacional y vivían armoniosamente en una sociedad definida como española.

Esto nos lleva a los mitos de principios de la edad moderna utilizados por los catalanes a finales del siglo xix para apoyar sus reclamaciones de ser una comunidad política imaginada. Los catalanes ponen del revés un aspecto importante de la mitología liberal, todo lo que era prometedor en la España de finales del siglo xv no procedía de Castilla, sino de la corona de Aragón: las empresas comerciales, el poderío naval, el imperio mediterráneo o el dinero para financiar los viajes de Colón. Pero la unión de Aragón y Castilla, de la que se culpaba a Fernando por su matrimonio con Isabel, inclinó la balanza a favor de esta última y acabó en la monopolización del poder por Castilla, en el establecimiento de la Inquisición, en la creación del absolutismo y en la uniformidad. El primer Borbón en ocupar el trono, Felipe V, privó a los catalanes (y también a los valencianos) de sus apreciadas libertades y derechos ancestrales por haber apoyado al pretendiente Habsburgo en la Guerra de la Sucesión. Para esta perspectiva, Cataluña tenía su propia lengua que los vencedores suprimieron, una supresión que como señala Kamen, incluso los historiadores catalanes del periodo niegan enérgicamente que se produjera. Como señalaba Enric Prat de la Riba en 1906, en lo que era efectivamente la afirmación fundacional de la imaginada comunidad política catalana, el país tenía sus propias leyes, su propio arte, un «espíritu nacional, un carácter nacional, un pensamiento nacional: por ello Cataluña era una nación».

No había nada especialmente inesperado en semejantes afirmaciones: la utilización mítica del pasado era común a la mayoría de las comunidades que aspiraban a una nacionalidad, y frecuente en la Europa de la época. Kamen señala que Cataluña tenía más justificaciones que la mayoría, porque poseía una de las historias más sobresalientes entre los pequeños pueblos de Europa. La pérdida de sus privilegios, de la que culpabilizaban al absolutismo español, era útil para fomentar un sentido de nacionalidad al proporcionar un enemigo identificado. La primera formulación de que «Cataluña es la patria, España la nación», se transformó en «Cataluña es la nación, España es el Estado». Realmente, desde la transición a la democracia si es que no antes, los catalanes se han referido a España como «el Estado español». El régimen de Franco había abolido el Estatuto de Autonomía concedido en 1932 por la Segunda República y suprimido la lengua catalana, de modo que el enemigo estaba fresco en la memoria viviente. En el siglo XXI reverberaron de nuevo los ecos de la nación catalana. La propuesta inicial del gobierno regional para actualizar el Estatuto de Autonomía aprobado en 1979 declaraba sin rodeos en su primer artículo que «Cataluña es una nación». Esto era demasiado para el gobierno socialista en Madrid y totalmente intolerable para la oposición conservadora. Ignorando a ésta última, Zapatero finalmente llegó a un acuerdo para trasladar la referencia a la nación catalana al preámbulo del Estatuto, donde se reconocía que el parlamento regional había definido, por una amplia mayoría, a Cataluña como una nación. Con esta forma, el Estatuto fue aprobado al año siguiente por las Cortes españolas pese a la oposición conservadora.

Kamen tiene poco que decir sobre las imaginadas comunidades vasca y gallega, a parte de que la primera comenzó a finales del siglo XIX, con las teorías de Sabino Arana, fundador del Partido Nacionalista Vasco, de los vascos como una «raza» cuyos orígenes no estaban en la Península sino por otras partes de Europa. A semejantes afirmaciones se les añadía entre otras cosas, el hecho de que los musulmanes no hubieran ocupado su tierra y que los vascos no fueron cristianizados hasta relativamente tarde. Los escritores gallegos aunque carecían de estos aspectos adicionales, presentaban al mismo tiempo derechos similares a ser una nación de ascendencia europea que había evolucionado separada de los castellanos.

Kamen señala que solo por un breve momento, con el gobierno del Frente Popular de febrero a julio de 1936, se rompió con decisión «el control del pasado mítico sobre la imaginación». Escritores y artistas como Federico García Lorca, «tiraron por la borda la religión, la monarquía, el imperio y todas las demás parafernalias del pasado» para buscar un nuevo futuro sociocultural llevando la literatura y el arte directamente al pueblo. Pero «este esfuerzo se derrumbó con el estallido de la Guerra civil, y la victoria de Franco aseguró el triunfo del tradicionalismo más radical». Aunque gallego de nacimiento, como militar profesional Franco era castellano hasta la medula, y durante su régimen los mitos de principios de la Edad Moderna de la nación fueron impuestos con disciplina militar llegando hasta

los mismos símbolos: el emblema del yugo y las flechas de los monarcas católicos presidía la entrada del pueblo más perdido. En los últimos años de la dictadura los admiradores de la reina Isabel emprendieron los procedimientos para canonizarla, aunque actualmente el proceso está en punto muerto. Como los catalanes, los vascos vieron el Estatuto que les garantizaba la República hecho pedazos y su lengua suprimida. Bajo la consigna franquista de la nación «Una, Grande y Libre», los españoles solo tenían que hablar un único idioma, el castellano, la «lengua del imperio».

La España imperial fue muy cacareada durante la dictadura ya que el régimen buscaba vincularse a los reinados de Fernando e Isabel y de Carlos V. Kamen cita al estudioso de la literatura, Santiago Juan Navarro, sobre el papel del mito imperial en crear

la engañosa percepción de que España era la nación «elegida», aceptando la paradoja de que España era rica porque era pobre [...] Asociado con la ideología del nacionalcatolicismo y con los ideales de raza, religión, nación e imperio, el mito acabó por convertirse en uno de los pilares legitimadores de la dictadura.

Las luchas contra Napoleón se convirtieron en otro de los fecundos mitos de la dictadura. La resistencia nacional popular contra el enemigo externo se tradujo en la lucha contra el comunismo y la conspiración «judeo-masónica». El catolicismo de los que lucharon contra los franceses se convirtió en el nacionalcatolicismo de Franco; la defensa de los valores eternos se encarnaba en selectos héroes y heroínas (la más famosa Agustina de Aragón, quien *in extremis* disparó un cañón para repeler a los franceses en el asedio de Zaragoza), mientras que el sacrílego caos de los invasores se asociaba a los republicanos que quemaban iglesias y mataban a curas y monjas. Cada vez que el régimen se sentía especialmente amenazado, la televisión volvía a pasar viejas películas de iglesias en llamas y cuerpos de monjas sin enterrar. De paso habría que señalar que durante la Guerra Civil, los defensores de la legítima República también utilizaron en su propaganda la resistencia popular contra Napoleón, describiendo el conflicto como el pueblo español luchando contra los fascistas invasores, alemanes, italianos y portugueses, aliados con las clases privilegiadas, la Iglesia y los traidores militares. Así la mitologizada visión de la guerra de 1808-1814 servía de comodín para ambos bandos.

Ahora volvemos a donde habíamos empezado. En este contexto, merece observar se que lo que dos décadas después de acabar se empezó a denominar en general como la Guerra de la Independencia, en Cataluña se denominó la Guerra de los franceses. Ello se debe a que no había una «narrativa maestra» de esa guerra que fuera de utilidad para crear la imaginada comunidad catalana. Las celebraciones del moderno «nacimiento de la nación» fueron tan apagadas en Cataluña como para pasar desapercibidas, a pesar del hecho de que Cataluña luchó contra los franceses durante más tiempo que cualquier otra región y fue una de las dos que más

sufrió material y demográficamente. Las clases cultas catalanas, sin embargo, estaban entre los patriotas más conservadores, y apoyaron con rotundidad al recién fundado gobierno central, a la Junta Suprema y posteriormente a la Regencia, y mandaron a pocos liberales como representantes a las Cortes constituyentes. Todo ello posponía la imaginada comunidad catalana para un siglo después y por ello este pasado en concreto no era útil.

Sin embargo, en Madrid, la construcción del mito del 2 de mayo de 1808 y del levantamiento contra los franceses, continúa a ritmo acelerado. La presidenta de la región autónoma, Esperaza Aguirre, la representante más destacada del ala derecha del Partido Popular, abrió una de las innumerables exposiciones que celebraron el acontecimiento el pasado año, declarando que «en 1808 los españoles mostraron su latente sentimiento de pertenecer a una nación y también se hicieron conscientes de que la nación les pertenecía a ellos». ¿Los «españoles»? Como algunos historiadores españoles han declarado, la afirmación no era cierta ni siquiera para los *madrileños*. Pero Castilla y la capital llevan muchos siglos practicando el arte de ser «España» y no están dispuestos a abandonarlo en mucho tiempo.